

ACOMPañAR a los JÓVENES en la Inserción Social y Laboral

Apuntes para pensar en la escuela más allá de la ESO



PACO LÓPEZ, psicólogo y coordinador del Servicio de asesoramiento psicopedagógico de Salesians de Sarriá (Barcelona).

Esta situación se nos hace claramente visible en el número significativo de alumnos que inician el Bachillerato o un Ciclo formativo de Grado Medio y lo abandonan antes de acabar el primer curso.

Si ese abandono fuese fruto de una opción serena por el mundo laboral, no habría motivos de preocupación —la experiencia laboral puede ser un motor potentísimo de maduración si se llega a ella con un mínimo de recursos personales y profesionales—.

Si nos preocupa ese abandono es porque, para muchos de estos adolescentes, ese paso, más que una opción, es expresión de un profundo desconocimiento de las propias motivaciones y posibilidades y se acaba traduciendo en estar en casa esperando un cambio de estudios para el curso siguiente o en acercarse de manera provisional al trabajo precario.

Desde las escuelas vamos haciendo hipótesis sobre las razones de esta situación:

1 Por una parte, un nutrido grupo de alumnos que llegan a la FP o al Bachillerato no tienen el dominio necesario de las materias que sirven para aprender, las que llamamos “instrumentales” (las matemáticas y las lenguas). Los diversos informes de los expertos al respecto insisten en la necesidad de revisar las estrategias educativas en estas áreas en la educación obligatoria.

2 Por otra parte, nos encontramos, con demasiada frecuencia, con adolescentes perdidos, sin los mínimos de autoconocimiento y orientación necesarios para dar los primeros pasos en la educación postobligatoria. Somos conscientes de que la adolescencia está marcada por la búsqueda de la identidad. Es lógico, por tanto, que, en esa búsqueda, exista desconcierto y desorientación; pero el papel de los adultos es ofrecernos como espejos válidos donde los adolescentes vayan descubriendo imágenes posibles de sí mismos. El sistema les pide que, a los 16 años, tengan algunas pistas de lo que les gusta, lo que saben, lo que pueden... pero quizás no ha sabido facilitar que los adultos cercanos

(madres, padres, profesorado.) les ayuden a pensar sobre sí mismos, más allá de la lógica demoleadora de los resultados académicos y las conveniencias sociales.

3 Por último, también nos encontramos con algunos adolescentes sin suficientes recursos personales para afrontar con energía los retos de la educación postobligatoria. En algunos casos son las situaciones familiares las que lo ponen difícil. En otros, casi siempre mezclados con lo anterior, las dificultades vienen de algunos problemas de equilibrio emocional o de salud mental. Pero, sobre todo, nos encontramos con adolescentes sin hábitos de trabajo, sin capacidad para gestionar el propio esfuerzo o el propio tiempo cuando la motivación no les acompaña.

Probablemente ninguna de estas tres hipótesis explica por sí sola la situación que estamos analizando. Probablemente hay muchos otros matices (sociales, económicos, familiares...) que, en cada caso, ayudan a entender...

Lo cierto es que nos sentimos en la obligación de buscar alguna respuesta desde la escuela a estos chicos (también diremos “y chicas”, aunque las cifras son tercas en confirmarnos que este fenómeno tiene más de masculino que de femenino) que, o abandonan ya en los primeros meses de curso, o nos ofrecen indicios claros de que lo irán haciendo a lo largo del mismo.

Algunas de esas respuestas son en forma de programas especiales, pero no podemos renunciar a exprimir al máximo las posibilidades del sistema para hacerles un hueco antes de que salgan de él.

Apunto algunas pistas (necesariamente evidentes e incompletas). Y lo hago centrándome más en aquellos aspectos vinculados directamente a la transición al mundo del trabajo, porque, probablemente el trabajo (o la falta de él) se convierten, en la práctica, en el indicador más fiable de eso que he llamado, al inicio de este artículo, “una vida digna”. Son pistas pensadas desde la educación formal postobligatoria, pero con vocación de ser válidas desde cualquier propuesta educadora con jóvenes:

- La relación cordial: Si me atreviera a elegir, entre las herramientas educativas, la más potente, me quedaría, sin duda, con la relación. Nada puede sustituir, si hablamos de dar cabida a todos y todas en la escuela, al poder de una relación cordial. Si un alumno se siente querido, ayudado, entendido (desde el respeto y la exigencia) tendrá menos argumentos para marcharse. Eso que llamamos la “distancia óptima” (estar suficientemente cerca para ayudar y suficientemente lejos para poder hacerlo realmente) es el mejor instrumento de marketing que una escuela puede desarrollar y el ingrediente imprescindible de cualquier proceso de ayuda. Por otra parte, para aprender, necesitamos fiarnos de nuestra capacidad de hacerlo y de la capacidad del que nos ayuda. Y eso precisa de un clima de confianza en el que no exista el miedo a equivocarse.

- El método adecuado: Puede parecer obvio, pero conviene recordar que la mejor garantía para una transición exitosa al mundo laboral pasa por una sólida formación. Si los alumnos aprenden de verdad, sus posibilidades de afrontar las exigencias del mercado laboral estarán, en lo fundamental, garantizadas. Las ciencias de la educación avanzan y nos van permitiendo saber de métodos más eficaces para mejorar el aprendizaje y para hacerlo aprovechando la diversidad de los aprendices. Las raíces de la formación profesional están en la transmisión, mediante la práctica dirigida, del conocimiento técnico del maestro al aprendiz, sobre todo en el taller. El taller (la práctica directa y guiada) se convierte así en un laboratorio donde acercarse a la realidad profesional. Cuando hoy se habla de hacer aprendizajes significativos mediante actividades auténticas (entendidas como el máximo de reales posible) no estamos haciendo más que redescubrir los fundamentos clásicos de la pedagogía del taller.

- La relación entre la escuela y la empresa: A pesar de que nuestra intención es ayudar a los jóvenes a desarrollar estrategias autónomas por la búsqueda de trabajo, no podemos olvidar que nuestra relación directa con las empresas se puede convertir en un ámbito privilegiado para favorecer la transición escuela-trabajo. La bolsa de trabajo de la escuela es, para muchos alumnos la puerta de entrada al mundo laboral. Las prácticas en empresas son o pueden ser ventanas abiertas al mundo del trabajo, campos de pruebas, observatorios de actitudes, dificultades y posibilidades, sin las exigencias y los riesgos reales del vínculo laboral. Y mantener un contacto fluido con las empresas (sin renunciar a formar trabajadores críticos con algunas estrategias empresariales) ayuda a convertir a la escuela en un referente fiable a la hora de buscar trabajadores.

- El sistema normativo y de participación: La inserción laboral tiene, sin duda, un componente político, en el más puro sentido del término. La manera de vivir el trabajo tiene mucho



que ver con la manera de ser miembro de la “polis”, del pueblo, de la ciudad, del país, del mundo... Formar buenos trabajadores en una sociedad democrática significa formar ciudadanos conscientes de sus derechos y deberes, capaces de ejercerlos honestamente y de vivir con la mayor dignidad posible su tarea profesional, independientemente del nivel de responsabilidad y cualificación de la misma. Un sistema de normas que establezca transparentemente derechos y deberes de los alumnos, que defina con claridad los mecanismos para afrontar los conflictos o los incumplimientos de las normas y que se aplique de manera razonable y coherente, facilita la responsabilidad y prepara al alumno para situarse en la misma clave ante las relaciones laborales. De igual manera, el sistema de participación de los alumnos en la vida de la escuela, mediante sus representantes, y sus espacios periódicos de revisión de la marcha del curso es una pieza clave de esta experiencia. Conseguir que los alumnos tengan la certeza de que pueden contribuir a mejorar la calidad de la escuela, que sus propuestas se valoran y tienen respuesta, ha de ser (además de un derecho suyo) uno de nuestros objetivos. No tenemos la certeza de que esta vivencia se traslade automáticamente al mundo laboral, en que la participación sindical o el asociacionismo empresarial, la lucha colectiva por el ejercicio de los derechos o el ejercicio de los deberes está, muchas veces, devaluada o bajo sospecha de servir a intereses individuales, pero no podemos renunciar a intentarlo.

- La acción tutorial: Es un elemento aglutinador de todas las otras herramientas del sistema educativo y tiene como uno de sus ejes la construcción del proyecto profesional de los alumnos y la transición al mundo del trabajo. El desarrollo de este eje no es una tarea exclusiva de los últimos meses del último curso. Es una tarea a hacer a lo largo de todo el proceso educativo y tiene algunos momentos privilegiados: la acogida, la ayuda inicial para ubicarse en el ámbito formativo y profesional elegido, el acompañamiento personal a lo largo del proceso, la coordinación con la familia, el trabajo grupal, la orientación final.

Decía antes que esta es una lista incompleta. Invito a los que trabajáis en la escuela sintiéndooos en el mismo barco que los que

trabajan en la calle, en un centro juvenil o en una prisión a seguir pensando y actuando.

Quiero, eso sí, acabar con una reflexión para evitar trampas: no estamos peor que antes. La ampliación de la escolaridad obligatoria y el incremento de la permanencia de los jóvenes en el sistema educativo han servido para que la educación llegue más y mejor a muchos jóvenes que, en otras épocas, no tenían acceso a ella.

Abrir las escuelas a todas y todos y durante más tiempo tiene las mismas ventajas e inconvenientes que ajustar las aceras para que las sillas de ruedas puedan acceder donde antes no podían. De hecho, para los que van en las sillas, todo son ventajas. Para los que íbamos andando y echábamos de menos gente con sillas de ruedas a nuestro lado, también hay muchas más ventajas que inconvenientes. Quizás son los que quieren las aceras para ellos solos, los que tienen prisa o los que no quieren agacharse un poquito para conversar con el de al lado... los que piensan que el precio que pagamos entre todos para ajustar las aceras no merece la pena.

Es cierto que tener más gente en el sistema educativo, más alumnos que acaban la ESO, más alumnos que estudian Bachillerato o FP, más universitarios... complica el trabajo de los profesores, puede rebajar los niveles medios de “excelencia” en los resultados y también supone un mayor riesgo de conflictividad, al hacer que la configuración social de la escuela se parezca más a la que realmente vivimos en la sociedad en general.

Es cierto que resulta más sencillo enseñar a alumnos que tienen ganas y recursos para aprender o que tienen valores y creencias similares entre sí y próximos a los de los adultos que los ayudan. Pero, frente a la tentación del pasado, confieso la emoción que me produce saber que en la escuela, cada vez, van cabiendo más todos y todas, los que estaban aquí y los que llegan de fuera, los que saben aprender y los que lo tienen complicado, los de mente lúcida, los de mente torturada, los que están en un buen momento de su vida, los que intentan estarlo...

LAS EMPRESAS DE INSERCIÓN: un instrumento para la inserción laboral de personas en riesgo de exclusión social

IGNACIO PARODY,
Fundación Trinijove

En las sociedades occidentales del siglo XXI, seguramente nos encontramos con nuevos espacios de socialización y superación personal, no quiere decir por ello, que los tradicionales carezcan de sentido y valor, entre otros, el mundo del trabajo. El aprendizaje, la adquisición de hábitos, a través de una pedagogía activa, a partir de la creación o el producto colectivo, comporta una auto-exigencia personal. De esta forma de intervención conoce bien la obra Salesiana, a través de la creación de múltiples espacios de formación por el trabajo. Pero lo cierto es, que aunque esta constatación es evidente para trabajadores sociales, educadores, pedagogos, etc, hay un numeroso segmento de la población que se encuentra con unos obstáculos importantes para acceder al mundo del trabajo, a obtener un ingreso salarial que les dote de la autonomía personal a la que todos tenemos derecho.

Las empresas de inserción son un instrumento para la inserción laboral de estas personas (discapacitados, beneficiarios de rentas de inserción, jóvenes que están en instituciones de protección al menor, personas con problemas de drogadicción o alcoholismo en proceso de rehabilitación, internos de centros penitenciarios, parados de larga duración mayores de 45 años). Como fenómeno asociativo y laboral surgen en España a finales de los años 80, principios de los 90, como una alternativa de empleo, para aquellas personas atendidas por las organi-

Las Empresas de Inserción, como fenómeno asociativo y laboral surgen en España a finales de los años 80, principios de los 90, como una alternativa de empleo.

BIBLIOGRÀFIA

- AZEVEDO, J. (2003): “Entre la escuela y el mercado de trabajo. Una mirada crítica sobre las transiciones”, en Marchesi, A.; Hernández, C. (Coord.) (2003). *El fracaso escolar. Una perspectiva internacional*. Madrid. Alianza editorial.
- BISQUERRA, R. (coord.) (2002): *La práctica de la orientación y la tutoría*. Barcelona. Praxis.
- FUNES, J. (1996): “Necesidades educativas de los adolescentes en situación de riesgo”. En *Educación social*, n.º 2, enero/abril 1996.
- MORIN, E. (2001): *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Barcelona. Paidós.